

las circunstancias, orador de la diputación, intimó con violentas palabras los deseos del pueblo. «No haré un largo discurso,—dijo.—Los espartanos se expresaban en pocas palabras, pero sabían morir. Nosotros los parisienses, colocados en las Termópilas de la república, sabremos morir en ellas, y tendremos vengadores.» La Convención, poco numerosa y cuyos asientos del centro estaban desocupados, votó la impresión de esta petición. Esta resignación iba acostumbrando por momentos á la municipalidad á ser más audaz, y á la Representación nacional á ser más paciente.

## V

El Consejo general de la municipalidad se reunió por la noche, y se hizo el centro activo de la insurrección, quedando París dividido desde aquel momento en dos campos, uno que comprendía en su recinto las Tullerías, el Carrousel, el Palacio Real, todos los barrios opulentos ó comerciantes de la ciudad, cuyos batallones, compuestos de ciudadanos amigos del orden, estaban aún por los girondinos, y otro que, extendiéndose desde la casa de ayuntamiento hasta la extremidad de los dos grandes arrabales de San Marcelo y de San Antonio, era adicto á los jacobinos. Todas las grandes jornadas habían tenido su foco en aquella región popular y poblada de la capital. Podían clasificarse geográficamente las opiniones del pueblo. Desde los Campos Eliseos á la altura del Puente Nuevo se extendía la ciudad constitucional; desde éste á la Bastilla, la revolucionaria. Las Tullerías eran el centro de la primera, y la casa municipal el de la otra. Eran dos pueblos, y á veces dos ejércitos, el uno queriendo siempre avanzar aunque fuera en la anarquía, el otro detenerse aunque fuera en lo provisional y en la inconsecuencia. La indigencia, inquieta, sediciosa, pero desinteresada por su naturaleza, es el arma ofensiva de las revoluciones. La riqueza, egoísta y estacional, es el arma defensiva de las instituciones. Las opiniones de la generalidad de los hombres se calculan sobre el término medio de su fortuna. El pueblo es el ejército de las ideas nuevas, al paso que los ricos constituyen el de los gobiernos. Al uno le recluta la esperanza; al otro, el miedo. Tales eran los dos París que se hallaban frente á frente, el uno sublevado por los montañeses, el otro temblando con los moderados.

Pache, Chaumette, Hebert, Sergent y Panis afectaron conservar durante aquella noche en sus actos y palabras en la municipalidad las apariencias de la legalidad. Sabiendo Pache que el club del Arzobispado tomaba resoluciones excesivas, se presentó en él, aconsejando á los sediciosos que se moderasen y esperasen. Volvió al Consejo á anunciar á sus colegas que sus recomendaciones habían sido impotentes contra la irritación del pueblo, y que el comité acababa de declararse en insurrección y de mandar cerrar las barreras y prender á los sospechosos. No bien hubo acabado Pache de hablar, cuando se oyó el toque de rebato en las torres de la catedral.

Eran las tres de la mañana. Aquellos sonidos siniestros, propagándose rápidamente de campanario en campanario, despiertan con sobresalto á los ciudadanos de París, enardeciendo á los unos y aterrorizando á los otros. Desde el 14 de Julio había sido el toque á rebato el paso de carga de las grandes sediciones populares. En medio del tumulto que aquel ruido excita en la casa municipal y en la plaza de Greve, un jóven llamado Dobsent, orador del comité del Arzobispado, entra

en el salón del ayuntamiento á la cabeza de una diputación de la mayoría de las secciones. Dobsent declara en nombre del pueblo soberano, representado por las secciones, que, herido en sus derechos, acababa de tomar medidas extremas para salvarse á sí mismo, y que la municipalidad y demás autoridades departamentales quedaban destituidas. Al oír esto, Chaumette intima á sus colegas que abduquen su poder entre las manos del pueblo. Todos los miembros se levantan, dimiten sus cargos, juran no separarse de la nación, y se retiran gritando *Viva la república!*

Dobsent crea en aquel mismo instante un nuevo Consejo, compuesto en su mayoría de los antiguos miembros, reponiendo en sus funciones, en nombre de la insurrección, á Pache, Chaumette y Hebert. El Consejo, sin embargo, mudó su título en otro más significativo, declarándose Consejo general revolucionario de la municipalidad de París. Ordena á Henriot que mande disparar cañonazos de alarma, tocar á rebato en la casa municipal, y enviar refuerzos á las guardias de las cárceles para precaver la evasión ó matanza de los presos. Los gendarmes y guardias nacionales de la guardia de la plaza de Greve desfilan de nuevo, prestando juramento al poder insurreccional. De cuarto en cuarto de hora vienen á adherirse al movimiento y fraternizar con la insurrección repetidas diputaciones de las secciones y batallones.

Amanece, y la ciudad entera se halla en pié. El corregidor Pache, dictador de una noche, se dirige á la Convención para dar cuenta de la situación de París. Algunos miembros del Consejo le acompañan, para interponerse en caso de necesidad entre el puñal y el corregidor. Una inmensa columna del pueblo le sigue hasta el Carrousel, formándole una escolta popular. Henriot recorre á caballo las secciones, hace marchar los batallones y forma las tropas en masa en derredor de las Tullerías, en el Puente Nuevo y en el Carrousel. Henriot asocia, como Pache, á la insurrección la fuerza pública, destinada al parecer á fomentarla y á contenerla á un tiempo mismo. Para herir la imaginación del pueblo é intimidar á las secciones inmediatas á las Tullerías, hace trasladar al Carrousel, frente á la puerta de la Convención, hornillos de hierro en que las artillerías enrojecen las balas, como si la tiranía y los suizos estuviesen aún atrincherados en aquel palacio. De minuto en minuto suena el cañon de alarma en el Puente Nuevo. Los batallones, inciertos de si venían á sitiar ó defender la Convención, ocupan los puestos que se les asignan, acostumbrados ya á seguir más bien que á comprimir los caprichos de la multitud.

## VI

Tal era el aspecto de París en la madrugada del día 31 de Mayo. El cielo estaba sombrío, el viento glacial irritaba la fibra de los hombres, predisponiéndolos á la cólera. Los guardias nacionales tiritaban bajo sus fornituras. El insomnio, el frío, el toque á rebato, el estampido de los cañonazos de alarma, la impaciencia del éxito, la duda, el asombro, la incertidumbre, daban á las fisonomías del pueblo y de los soldados cierto aspecto atónico y siniestro que se pinta en el rostro del vulgo, como en el de un criminal, la víspera ó el día siguiente de los grandes atentados.

Los diputados amenazados, temiendo las emboscadas de aquella noche, no se

habian acostado en sus casas; y sólo Vergniaud, siempre impasible y resignado á la fatalidad, habia rehusado con obstinacion tomar ninguna medida de seguridad. «¿Qué me importa la vida?—respondió la víspera, saliendo de casa de Valazé.—Mi sangre sería tal vez más elocuente que mis palabras para despertar y salvar mi patria. Que la viertan, si debe recaer sobre ellos.»

Los demas se habian dispersado para tomar algunas horas de descanso en las casas de sus amigos. Buzot, Barbaroux, Louvet, Bergoing, Rabaut Saint-Etienne y Guadet se habian reunido en un solo cuarto, al fondo de un barrio extraviado. Tres camas, algunas sillas, armas seguras, puertas atrancadas y la resolucion de no morir sin venganza, les habian permitido gozar de algunos momentos de sueño. A las tres de la mañana, los cañonazos de alarma y el toque á rebato los despertaron. «¡Illa suprema dies!»—exclamó Rabaut Saint-Etienne, prestando oido al estruendo. Rabaut, como hombre piadoso, se arrodilló al pié de la cama en que acababa de dormir libre por la última vez, é invocó en alta voz la misericordia divina sobre sus compañeros, sobre su patria y sobre sí mismo. El escéptico Louvet y el jóven Barbaroux refirieron despues que aquella oracion de Rabaut, antiguo ministro del Evangelio, habia conmovido profundamente sus corazones. Hay momentos en que el pensamiento de Dios fuerza á los hombres á entregarse á él con violencia, con el sentimiento de su propia impotencia; pero nunca es para abatirlos. Rabaut se levantó sereno y fortalecido.

Sus amigos y él bajaron á las seis á la calle, con pistolas y puñales ocultos bajo su ropa, y llegaron sin haber sido reconocidos á su puesto en la Convencion.

El salon estaba aún vacío. Sólo Danton, agitado por los sucesos de la noche é impaciente por los del dia, se hallaba paseando allí con visible ansiedad. Estaba hablando con dos miembros de la Montaña, y al ver entrar á los girondinos, á los cuales consideraba á su pesar como víctimas, hizo Danton un gesto de sentimiento, y un movimiento convulsivo de compasion contrajo sus labios. Louvet lo tomó por una sonrisa de gozo. «¿Ves—dijo á Guadet—qué horribil esperanza brilla en ese rostro espantoso?» «Sin duda,—contestó Guadet en voz bastante perceptible para que pudiera oírle Danton;—¡hoy es cuando Clodio destierra á Ciceron!»

## VII

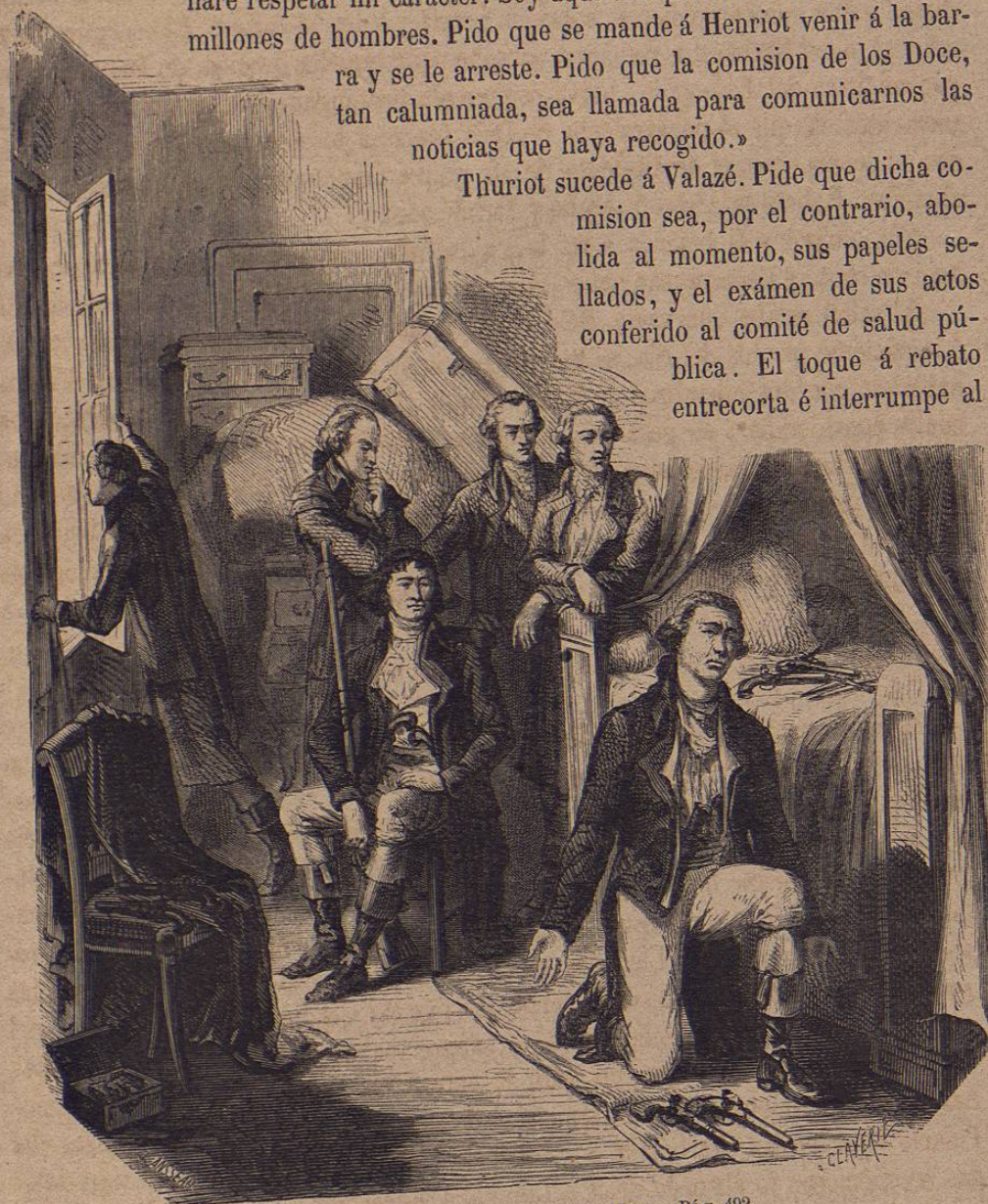
Miéntas que el salon se iba llenando, y los grupos de diputados se interrogaban mutuamente sobre los sucesos de la noche, la seccion armada de la Butte-des-Moulins, sostenida por otras cinco inmediatas del centro de Paris, teniendo noticia de que el arrabal de San Antonio estaba en marcha para desarmarlas, se atrincheraba en el jardín del Palacio Real y cargaba sus piezas con metralla, presentando un último punto de apoyo á los moderados de la Convencion contra la opresion de la municipalidad. Llegados los cuarenta mil federados de los arrabales á las verjas del Palacio Real, quisieron forzar las puertas del jardín. Las secciones del centro se dispusieron á defenderlas; la sangre iba á correr; se parlamentó. Los confederados se contentaron con pedir la entrada en el jardín para las diputaciones de sus batallones, á fin de asegurarse de si era cierto que los seccionarios del Palacio Real habian enarbolado la escarapela blanca. Las diputaciones introducidas reconocieron lo absurdo de la calumnia, y estrecharon las manos de sus her-

manos de armas. Este episodio apaciguó la cólera del pueblo y contuvo los batallones de ambos partidos en una pasiva inmovilidad.

La sesion de la Convencion se abrió á las seis. El ministro del Interior, Garat, y Pache despues de él, dan cuenta de la fermentacion de Paris, y la atribuyen al reintegro de sus funciones á la comision de los Doce.

Impaciente por decidir la jornada, Valazé sube uno de los primeros á la tribuna. Vergniaud, que teme el arrojido de sus amigos, hace un ademan de disgusto y combina sus ideas. «Desde que se levantó la sesion de ayer,—dice Valazé,—se oye el toque á rebato y la generala. ¿Y por orden de quién? ¡Atrevoos á mirar dónde están los culpables! Henriot, comandante provisional, ha enviado al Puente Nuevo la orden de disparar los cañonazos de alarma. Es una prevaricacion manifiesta, castigada con la pena de muerte. (A estas palabras se sublevan las tribunas.) Si el tumulto prosigue,—continúa Valazé con intrepidez,—declaro que haré respetar mi carácter. Soy aquí el representante de veinticinco millones de hombres. Pido que se mande á Henriot venir á la barra y se le arreste. Pido que la comision de los Doce, tan calumniada, sea llamada para comunicarnos las noticias que haya recogido.»

Thuriot sucede á Valazé. Pide que dicha comision sea, por el contrario, abolida al momento, sus papeles sellados, y el exámen de sus actos conferido al comité de salud pública. El toque á rebato entrecorta é interrumpe al



Los girondinos en la noche del 31 de Mayo.—Pág. 492.

fin las palabras de Thuriot. Levántanse gritos confusos de todos los lados, unos en favor de las conclusiones de Valazé, otros por las de Thuriot, y el cañon de alarma lo domina todo. Vergniaud, desde la tribuna, hace una señal de pacificación, y obtiene por fin silencio.

«Estoy tan persuadido de las verdades que los han dicho sobre las funestas consecuencias del combate que parece prepararse en Paris, estoy tan convencido de que este combate comprometería eminentemente la libertad de la república, que segun mi opinion, el que desee verlo empeñado es cómplice de nuestros enemigos exteriores, sea cual fuere el éxito que aquél tuviese. ¡Y os pintan la comision como el azote de Francia en el momento en que oís los cañonazos de alarma! ¿Se pide que sea abolida por haber cometido actos arbitrarios? No hay duda que si esto es cierto, debe ser abolida. Pero debemos oirla, y con todo, no es éste el momento, á mi parecer, de hacerlo, porque su informe irritaría necesariamente las pasiones, lo cual es preciso evitar en un dia de fermentacion. Lo más necesario es que la Convencion pruebe á Francia que es libre. Pues bien, para probarlo no debe hoy abolir la comision, y pido que se aplace para mañana. Entre tanto, sepamos quién ha mandado disparar el cañon de alarma, y hagamos comparecer á nuestra barra al comandante general.»

Gritos unánimes de aprobacion sancionan este aplazamiento propuesto por Vergniaud, que si no salvaba la libertad ni el honor, á lo ménos salvaba la actitud de la Convencion, apaciguaba al pueblo prometiéndole la victoria, satisfacía á la Montaña excusándole la odiosidad de la violencia, preservaba las cabezas de los girondinos prometiéndole su abdicacion, era una vana protesta de respeto á la ley, convenia á todos, y especialmente á los débiles. Los girondinos se consideraron á la vez perdidos y salvados en la concesion de su orador. Los que pensaban en su propia vida lo aplaudieron; los que atendian á su honor quedaron mudos y consternados.

## VIII

Danton quiso arrancar de la Asamblea una victoria cedida ya á medias por Vergniaud. «Ante todo, justicia de la comision,—dice esforzando cuanto puede la voz.—Ha merecido la indignacion popular. Recordad mi discurso contra ella, ese discurso moderado. Un hombre á quien la naturaleza ha criado apacible y sin pasiones, el ministro del Interior, os ha aconsejado que libertáseis á sus víctimas. Esa comision la habeis creado, no para ella, sino para vosotros. Examinad sus actos. Si es culpable, haced un terrible escarmiento que amedrente á los que no respetan al pueblo, áun en su exageracion revolucionaria. El cañon ha retumbado; pero si Paris os ha querido dar una gran señal para provocar las representaciones que os trae; si Paris, por una convocacion demasiado solemne y estrepitosa, no ha querido otra cosa que avisar á todos los ciudadanos para que viniesen á pedir justicia, Paris ha merecido aún bien de la patria. Léjos de vituperar esta explosion, utilizadla en provecho de la causa pública aboliendo vuestra comision.»

Unos murmuran y otros aplauden. Danton lanza una mirada desdeñosa á la Llanura que se agita á sus piés. «Me dirijo—dice haciendo una señal á Vergniaud—sólo á los que han recibido algunos talentos políticos, y no á esos hombres estúpidos que únicamente saben hacer hablar á sus pasiones.» El ademan de su cabeza

y la direccion de su vista dirigen á Guadet, Buzot y Louvet esta insolente invectiva. «Digo á los primeros,—continúa Danton:—considerad la grandeza de vuestro fin, que es el de salvar al pueblo de sus enemigos, de los aristócratas y de su propia cólera. La comision ha estado bastante desprovista de sentido para tomar resoluciones temerarias y notificarlas al corregidor de Paris. Pido la formacion de causa á sus miembros. ¿Decis que los creéis sin tacha? Pues yo creo que han servido á sus resentimientos. Es preciso que se aclare este caos y que se haga justicia al pueblo.» «¿Qué pueblo?» —dice la Llanura. «¿Qué pueblo!—prosigue Danton.—Ese pueblo es inmenso. (Tiende la mano hácia las innumerables cabezas que se asoman en lo alto de las tribunas públicas.) Ese pueblo es la centinela avanzada de la república. Todos los departamentos maldicen la tiranía, y todos se adherirán á este gran movimiento que ha de exterminar á los enemigos de la libertad. Seré el primero en hacer una brillante justicia á esos valientes que han hecho resonar el aire con el toque de rebato y los cañonazos de alarma...» Los aplausos de las tribunas no le dejan concluir esta glorificacion de Henriot y del comité revolucionario de la municipalidad. Danton, arrastrado mucho más allá de la moderacion que meditaba al comenzar á hablar, siente que se embriaga en el delirio de su auditorio y que se irrita el furor que queria templar. Vuelve algun tanto en sí, y concluye diciendo: «Si algunos hombres, de cualquier partido que sean, quisieran prolongar un movimiento que sería inútil despues de haber hecho justicia, Paris mismo los anonadaria.» Por último, pide que se consulte á la Asamblea sobre la supresion de la comision de los Doce.

Rabaut pide en vano en medio de los murmullos que á lo ménos se oiga á la comision. Denuncia á Santerre, que por la noche debia, segun él, marchar sobre Paris con los voluntarios destinados á la Vendée, y que para este acto de tiranía se han hecho acantonar á las puertas de la capital. Las palabras de Rabaut son interrumpidas, y ántes que todo se quiere oír á una diputacion del ayuntamiento.

Vergniaud, apostrofado por las tribunas, pide que sean evacuadas. «Nos acusais—grita Rabaut á Bourdon de l'Oise—porque sabeis que debemos acusaros.» Se admite la diputacion del Observatorio, que en nombre del Consejo general dice que quiere comunicar las medidas que ha tomado. Ha puesto, dice, las propiedades bajo la guarda de los descamisados, y como esta clase no puede subsistir sin su trabajo, les ha señalado cuarenta sueldos diarios. «El pueblo,—exclama el orador,—que se ha levantado una vez, el 10 de Agosto, para derribar al tirano del trono, se levanta de nuevo para frustrar las tramas liberticidas de los contrarrevolucionarios.» «¿Denunciad esas tramas!» —le gritan los girondinos. Guadet, irritado con tanta audacia, se lanza á la tribuna. «Los peticionarios—dice—hablan de un gran complot y no se equivocan más que en una palabra, y es que en lugar de decir que ellos lo han descubierto, deberian expresar que lo han ejecutado.» Las tribunas, al oír esto, parecen desplomarse sobre la cabeza de Guadet. «Dejad hablar á ese Dumouriez», —dice Bourdon de l'Oise. «¿Creéis—prosigue Guadet—que las leyes pertenecen á las secciones de Paris, ó á la república entera? Establecer una autoridad superior á las leyes es violar la república. ¿Y no se hacen superiores á la ley los que hacen tocar á rebato, cerrar las puertas de la ciudad y resonar el cañon de alarma? No son las secciones de Paris, son algunos foragidos.» «¿Queréis perder á Paris, le estais calumniando!» —le grita la Montaña. «El amigo